

Es inegable que la Gran Guerra ha dejado una nueva inquietud en todos los espíritus curiosos; y aún en las propias masas populares se siente la acción del instinto que busca un apoyo—de preferencia económico—en medio de las desorbitadas corrientes de energía surgidas de la intensa producción de ideas y de realizaciones industriales. Pero hay un sector social e intelectual donde la gran guerra continúa su obra de destrucción de las antiguas formas históricas de la cultura, y en los cuales se perfilan clara o confusamente las aristas de una cristalización psíquica que nada o casi nada recuerdan de la vida intelectual de antes de la catástrofe de 1914.

Para ser explícitos y determinantes, este estado espiritual, bastante complejo, provino de la culminación apoplética de una concentración de fuerzas de todo carácter que, carentes de un lazo interior de unidad, estallaron en el terror de una matanza de cuatro años. El crecimiento occidental, realmente prodigioso, no previó nunca la necesidad de atemperar la fiebre de la acción con el sedante de una filosofía de la conducta; pues todas las filosofías que han tomado carta de naturaleza en los colegios y universidades de Occidente, se entretienen todavía en el juego de los simples conceptos y de las palabras, sin que hayan bastado los esbozos más o menos felices de una filosofía del espíritu para contener la energía sin riendas de la iniciativa práctica mundial.

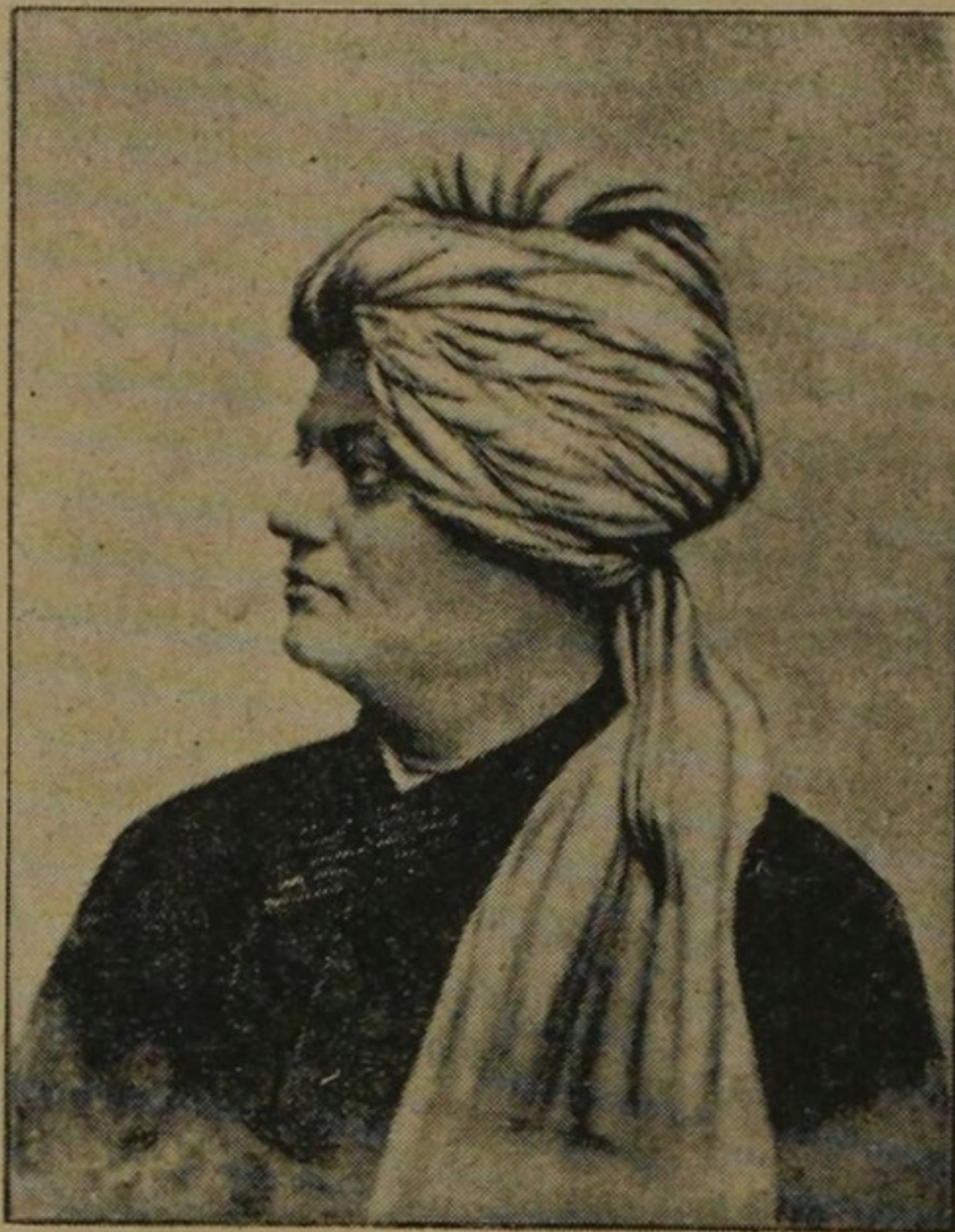
La literatura de post-guerra nos revela el nuevo *élan* de la juventud de Occidente, todavía sofocado por la estrechez del dogma social y político, pero floreciente y hasta agresivo. En arte sobre todo, se ve prosperar ya la ruptura con los marcos clásicos de la Historia, de cuya actitud es sin duda alguna expresión feliz la grande y monumental obra de Spengler sobre la *Decadencia de Occidente*. El movimiento actual, demasiado amplio para juzgarlo someramente, tiene, sin embargo, un signo externo muy visible: la integración del individuo en la Naturaleza entera, lejos de la cerrada y estéril visión del intelectualismo puro. Este intelectualismo fue, hasta fines del pasado siglo, un valor absoluto para determinar las categorías del conocimiento y para juzgar, sobre todo, del hombre. En una palabra, el racionalismo de Spencer y Darwin reducía al hombre al papel de máquina intelectual y casi había abandonado, por inferiores e inservibles, las energías de la emoción y del sentimiento, que se consideraban, tanto pedagógica como empíricamente, de rango inferior en el problema de la cultura.

El mundo europeo que conformó el verdadero espíritu de la «occidentalidad» fue, desde luego, estricta y formalmente «intelectual». Es necesario añadir que todavía en nuestros días se cree que la realización última del individuo radica en su intelecto, y que cuanto más clara es la discriminación intelectual a mayor madurez ha llegado el hombre. Sin embargo, hoy se puede afirmar que el in-

La vida de Vivekananda

Preliminar necesario

=Exclusivo para Repertorio Americano.=



Vivekananda

Guatemala, 28 de noviembre de 1930.

García Monge

Repertorio Americano,

San José, Costa Rica.

Querido y noble amigo:

Ahí le va la segunda andanada, (1) preparada febrilmente en medio del diario combate. Serán pocos en Costa Rica los que gusten de esta maravilla de la vida espiritual, que va precedida de una reseña mía sobre las condiciones en que surgen los trabajos de Vivekananda. El ayer y el hoy en Occidente y Oriente. Pero no importa: hay que trabajar.

Hasta aquí llega el eco de la política senil de Costa Rica, pueblo digno de mejor suerte, pero desgraciadamente falto de verdadera hombría. Los maleantes de siempre se reparten con la cuchara grande. Ojalá que despierte el pueblo. No para que destruya, sino para que reconstruya, con las virtudes de ayer, la voluntad de vivir de mañana.

No olvido nunca mi querida tierra. El concho es mi preocupación: el concho. Lo demás... con excepciones. Publique todo esto. Suyo siempre,

Rafael Cardona

telectualismo es solamente un escalón en la cultura humana, un estado complejo y enteramente «físico» de la existencia ontológica. Lo comprueba así una serie de hechos demasiado evidentes para ser negados—y que presentaremos luego en el curso de estas páginas—y que cada día se imponen más fuertemente al espíritu. Para llegar a estas relativas evidencias, el mundo ha necesitado pasar por la Gran Guerra, que es, en substancia, el resultado lógico de un intelectualismo desorbitado e inconexo, sin relación armónica y profunda con la realidad cósmica.

Un intelectual, puede, en efecto, ser un malhechor y no obstante descubrir una nueva ley, siquiera auxiliar, en la gravitación universal, o un nuevo órgano sutil en determinada especie de saurios; y aunque existe una devoción característica del verdadero sabio, nunca lo-

(1) Véase la primera en el Núm 11 del tomo XXI del Rep. Am.

grará el intelectualismo puro—con toda su maquinaria de abstracciones y de números—hallar el verdadero punto de apoyo de la teoría moral. En una palabra, la razón no basta para explicar la vida, el conjunto de manifestaciones orgánicas que constituye el fondo de la inteligencia misma. El genio de Occidente ha sido esencialmente intelectual, una especie de foco o centro entre dos mares de sombra: el subconsciente, que ha puesto de moda Freud, y la conciencia espiritual de que nos hablan los orientales. Reducido a este límite, a la esfera de la «conciencia vigilante» que educen Spengler y Kayserling, el Hombre actual no puede decidir sobre valores absolutos; y es otro signo de su posición la oportunidad con que se presenta al mundo de hoy la teoría de la Relatividad, de Einstein.

Ya se ha visto, tanto en la literatura científica como artística, cómo el intelectualismo ambiente prescinde por entero del Ideal: su sentido del presente, efecto innegable de su educación en el mundo sensorio puro, concluye por una moral sui-géneris, que consiste en gozar de la manera mejor el mundo y la vida, aunque para ello tenga que recurrir al sacrificio de millares de víctimas. Este mundo, es, sin embargo, grandioso y trágico y al mismo tiempo inconsolable. ¿Cómo eliminar el dolor mediante el intelecto, cuando el intelecto mismo se nutre del tiempo, del cambio y de la relatividad?

Ahora comienza a sentirse, como si atravesásemos un mar de nubes, una vaga claridad o resplandor de cosas que cada día toman cuerpo en repentinamente intuiciones, en lo que llamamos «corazonadas» comúnmente. Hay algo en nuestra substancia que se hace cada vez más tenue y translúcido y al través de lo cual miramos, fugitivas y casi inmateriales, formas de percepción que nos saturan de actitudes devotas; el velo de la mente se depura y afina hasta un punto en que se abren nuevas líneas dimensionales, quizá esa cuarta dimensión que ha sido el señuelo de unos cuantos psiquiatras y matemáticos europeos.

El vértigo de crecimiento ha puesto al Occidente en un pie de locura: ambición, dominio, fuerza y sagacidad, penetración y liberalidades, todo cuanto constituye el gran drama histórico del presente, se ha jugado con la violencia y la astucia de seres pura y esencialmente dinámicos, a quienes no importó nunca el resultado de la acción; y es de recordar aquel Cecil Rhodes de que habla el citado Spengler en una magnífica apología, cuando lo presenta como el tipo acabado del occidental que penetra en las selvas y se abre paso con un ruido de tromba hacia la transformación de todos los elementos de riqueza y de organización industrial.

Pero, mientras en Occidente el prodigio de la actividad social e industrial llegaba al paroxismo—un verdadero es-

(Pasa a la página 114.)